

## **Jesús María Martínez del Rey**

Yo iba para químico y era joven. La radio se cruzó entonces en mi camino y me dijo: ¡ven! Lo dejé todo y la seguí. No sé quien puso más, pero cuando después de casi treinta años, un tercero hizo que se nos rompiera el amor, me miré al espejo y vi que ya tenía canas. La vida es un bolero, regida por el primer principio de la termodinámica: la materia ni se crea ni se destruye, sólo se transforma: me hice coach; alguien que pregunta para que otros encuentren respuestas. La primera vez que me presente a un concurso de relatos, gané el 2º Premio. Fue la suerte del principiante y mi perdición. Desde entonces, sigo imaginando historias, que no son otra cosa que la combinación aleatoria y mágica de miles de átomos —las palabras—, para formar millones de moléculas de estructuras cambiantes y maravillosas, que inviten al lector a preguntarse sobre sí mismo.



# La derrota

Por Jesús María Martínez del Rey



La calle está vacía y yo estoy solo en casa.

—¡Eso es penalti! ¡Una zancadilla como un castillo, que no te enteras, árbitro! ¡Italiano tenías que ser! ¡No lo ves?... ¡Lo ha pitado!... Ahora tenemos que meterlo... ¡Joder, el portero se tira hacia donde va el balón!... ¡Gol! ¡Gool! ¡Gool! —chillo saltando del sillón.

Cierro los puños y agito los brazos. Abro una cerveza. Veintiséis minutos y ya hemos marcado el primer gol. Hace cuatro años nos costó casi dos horas meterles uno; suficiente para ser campeones del mundo. Los gritos de mis vecinos retumban por todo el edificio. El azar ha querido que volvamos a enfrentarnos a los holandeses en el partido que inaugura la participación de España en el Mundial de Brasil. Miro por la ventana.

Escucho las explosiones de algunos cohetes. Mi mujer se ha llevado los niños al cine.

¿Le habrá contado alguno de mis hijos lo que ocurrió cuando fui yo quien los llevó al cine? Basta que les dijera que no lo hicieran, para que se lo contaran. Habíamos estado viendo una película de un monstruo azul que quería asustar niños. Camino del aparcamiento le recriminé a un padre que su hijo, sentado en la fila de atrás, no hubiera dejado de recitar los diálogos de la película antes de que los dijera el personaje. De reojo vi que el niño me miraba. El padre dijo que era cosa de críos, que el chico la había visto varias veces, y que por eso se la sabía de memoria. Me encaré con él. Unas motas de mi saliva le saltaron a la mejilla. Quiso darse la vuelta, pero lo sujeté y le dije que aprendiera a controlar a su hijo. Se zafó de mi mano. Mi hija me tiró repetidamente del pantalón, luego echó a correr y su hermano la siguió.

Doy un trago a la cerveza y casi me ahogo.

—¡Cómo se puede fallar eso! ¡Coño, que estabas solo delante del portero! —Salto del asiento tosiendo, y derramo el vaso de cerveza sobre la mesa. En el rechace, el balón le llega a un delantero holandés y, como si fuera una gaviota sobrevolando el césped, remata de cabeza. El portero se queda pasmado viendo cómo el balón dibuja una parábola por encima de su cabeza, colándose en la portería. El empate. A dos minutos para el descanso.

—¡Hijo de puta! —vocifero tosiendo.

Recuerdo que algunos domingos acompañaba a mi padre al estadio. Nos colocábamos de pie detrás de un pequeño muro en una de las esquinas del campo. Yo me subía a un cajón de cervezas vacío, y me acodaba en una

barandilla encalada. Mi madre se enfadaba, porque llegaba a casa con la ropa manchada de blanco. Fue en aquel estadio, que tenía el nombre de una Virgen, donde escuché por primera vez que alguien gritaba: «¡hijo de puta!». Al terminar aquel partido le pregunté a mi padre qué quiso decir aquel hombre. Me contestó que lo mejor era que me quedara en casa los domingos.

La cámara se detiene unos segundos en el portero, camino del vestuario.

—¡Hijo de puta! —insulto a la imagen que veo en la televisión. Nuestro cerebro no distingue entre la realidad y la imagen en una pantalla. En ambos casos cree que lo que ve es verdad. Del mismo modo que puedo sentirme abatido por la tristeza que refleja su cara, puedo odiarle por lo que ha hecho. Soy en ambos casos un ser humano que ve el sufrimiento de otro.

Voy a la cocina a buscar un trapo. Tengo que limpiar la mancha de cerveza derramada. No quiero que la vea mi mujer.

Tienes que controlar esos prontos. Vas al psicólogo, o ahí te quedas, dijo mi mujer. Estábamos sentados en un bistró, en París.

¿Qué te han contado los niños?, me descubrí.

Baja el tono de voz. Nos están mirando, dijo.

Solo te preocupa eso. No estoy gritando, joder, le contesté

¿No te conformas con hacerlo en casa? Estoy harta, dijo.

Se levantó y echó a andar. La alcancé y la sujeté por la muñeca. Se soltó sin mirarme.

No hablamos más de ese asunto durante el viaje, pero no me dejó que la tocara.

Ya no hay ni rastro en la mesa de la mancha. Abro otra cerveza y me la bebo a morro.

¿Qué es un pronto para usted?, me preguntó el psicólogo.

Pues salto como la espuma que sale al tirar de la anilla de una lata de cerveza. Y luego se me pasa, le contesté.

¿Nada?, dijo. Las granadas de mano también se abren tirando de una anilla, me refutó.

La ira es locura breve, decían los antiguos sabios. ¿Si me enfado muchas veces, sigue siendo locura breve, o la suma de muchas locuras breves se convierte en una locura?, le pregunté.

¿Qué cree usted?, me dijo el psicólogo. Después me pidió que cerrara los ojos, que pensara en una imagen relajante, y me durmió. Imaginé una playa. Escuché las olas y su voz.

Son cien euros, me dijo la chica del mostrador al salir.

Cien euros y son ellos los que preguntan. Yo iba buscando respuestas.

La respuestas están dentro de usted, dijo el psicólogo.

Ya, ya, pensé, pero no se lo dije.

Piense en sus películas favoritas. O reste tres de cien, y luego tres del resultado... Así cambiará usted su pensamiento, me dijo el psicólogo.

Para pensar en las películas de John Wayne estoy yo en este momento. En un partido de fútbol solo puedo restar de noventa. A este partido le restan solo cuarenta y cinco. Cuando vas perdiendo cuentas los segundos. El tiempo no pasa si vas ganando.

Los jugadores siguen en el vestuario, les quedan todavía casi diez minutos de descanso. Las manos me sudan, la respiración se me entrecorta. ¿Es así como se sentiría el doctor Mirabel? ¿Por qué lo recuerdo ahora? Memoria traicionera, caprichosa. ¡Cómo te odio en algunos momentos! ¿Qué pensará mi hijo de mí cuando cumpla los dieciocho? ¿Cómo se habrá quedado grabada en la memoria de mi hija la escena en que su padre se convirtió en un monstruo de pelo azul asustador de niños? Como si tocara a la vez dos cables pelados, me atraviesa una corriente que me llega hasta la cabeza. Busco una bolsa de papel y me la coloco delante de la boca como si fuera una mascarilla: respiro el aire que exhalo. Escucho los chasquidos monocordes que hace la bolsa al contraerse cuando inspiro, y el que suena al soltar el aire.

Nunca diga usted no lo soporto, me dijo el psicólogo.

Recuerdo que contaba mi padre que el ingreso en los calabozos de la policía municipal del doctor Mirabel había asombrado a todos. Y a mi padre el primero, porque consideraba al médico un hombre educado y religioso.

Y es mi amigo, dijo mi padre mientras comíamos.

Era lunes, el día en el que el rumor se extendió por toda la ciudad, contó mi padre, aunque había comenzado la tarde anterior, la del domingo en la que el equipo local tenía que ganar para conseguir el liderato.

Parece, siguió relatando mi padre, que fue Mariano Torres, compañero de localidad del galeno, quien se había extrañado por su ausencia, el que preguntó a Ramón el carnicero si sabía el porqué de tal vacío, dijo

mi padre. La pregunta se había extendido por el graderío, y llegó hasta Tomás, el chico que colocaba las almohadillas en los asientos. Dijo el muchacho que había escuchado comentar a un municipal que el médico estaba en el cuartelillo. La noticia recorrió el camino inverso. Y ya no se habló de otra cosa, nos contó mi padre.

Mi padre siguió relatándonos que Ramón el carnicero, a las ocho de la mañana del lunes, fue al despacho del notario para un asunto particular y le contó lo del médico. Torcuato Meléndez, el escribano, se bajó a desayunar al bar, y le dijo a Emiliano González, abogado, que habían visto al doctor Mirabel entrando la tarde del domingo en el cuartelillo, entre dos guardias.

Julián, el camarero, escuchó la confidencia. Y fue él quien me lo contó a eso de las nueve, dijo mi padre.

Mi madre se aventuró a decir entonces que había coincidido en la peluquería con su amiga Pilar, esposa de Ramón el carnicero.

¡Hija, que el doctor Mirabel es mi ginecólogo!, le dijo Pilar a mi madre.

¡Anda, y el mío!, le había contestado mi madre.

Acto seguido mi madre nos preguntó si queríamos salchichas para comer al día siguiente.

El proceso de un rumor se parece mucho al de hacer salchichas: metes los ingredientes en una máquina, empujas para que se trituren y por la boca del artilugio sale una mezcla picada, la envuelves en una tripa y la atas. Ya están listas para ser devoradas. Esto lo pienso ahora, porque entonces era muy pequeño para sacar esa conclusión. Ni existían las redes sociales.



Los jugadores están saliendo al campo de nuevo. Voy al frigorífico, miro lo que hay dentro. No me gusta nada de lo que veo. Saco otra cerveza.

Yo solía tomarme un vaso de agua en el bar Felipe, mientras leía en una pizarra el resultado de los partidos, escritos con tizas de colores y letra gótica. Mi padre me esperaba a la puerta. Eso ocurría los domingos en que nuestro equipo jugaba fuera de casa, luego se lo contaba a mi padre. Cuando yo me iba a dormir, él se quedaba sentado en su sillón leyendo el periódico hasta que, a las diez de la noche, el periodista deportivo local daba la crónica por la radio.

—¡Sois unos lerdos! ¡Con la pasta que ganáis! ¡Pagad a Hacienda como todo hijo de vecino! ¡Os ha chuleado a los tres! —Un delantero holandés ha regateado a dos defensas y le ha colado el balón al portero, que se ha tirado hacia el lado contrario. Minuto cincuenta y tres. Nos ganan por dos a uno. Mi calle está en silencio. Doy un puñetazo en el brazo del sillón; me revuelvo inquieto.

—¡Hijos de puta!

Días después de que mi padre nos contara el encarcelamiento del ginecólogo, al salir del bar Felipe, encontré a mi padre hablando con un hombre. A saber quien era, me acarició la cabeza con su mano delicada, casi femenina, mientras me miraba sonriente, desde detrás de unas gafas doradas. Me dijo que estaba muy delgado. Al escuchar su voz, lo reconocí: era el hombre al que había escuchado gritar «hijo de puta» en el estadio. Mi padre le explicó que yo había tenido hepatitis y que había estado un mes en cama. Al practicante que venía a mi casa a ponerme las inyecciones, le llamé una vez «hijo

de puta», coincidiendo con la entrada de la aguja en mi nalga. Mi madre me castigó dos semana sin leer tebeos.

De regreso a casa, mi padre me explicó que ese hombre era el doctor Mirabel, y que él fue quién había tomado mi cabeza entre sus manos, y me ayudó a venir al mundo. Le dije entonces que, si traía niños al mundo, tenía que saber lo que era un hijo de puta. Pasó por alto mi comentario y me dijo que el médico vivía en una pesadilla de la que ansiaba despertarse. Colocó su mano en mi hombro antes de hacerme la siguiente revelación:

Los domingos, en el estadio, el afable doctor Mirabel se transforma en un energúmeno: vocifera, aúlla, amenaza, dijo mi padre. Se levanta de su asiento y lanza los insultos más terribles contra el árbitro y los jugadores. Es un fanático dominado por la ira, dijo mi padre.

Recuerdo que mi padre se quedó callado tras darme a conocer al monstruo en el que se convertía los domingos el doctor Mirabel. Junto a un futbolín, aquel año, los Reyes Magos me dejaron una edición ilustrada de *El extraño caso del doctor Jeckyll y Mister Hyde*. No leí aquel libro. Me espantaban la negrura de las ilustraciones, los callejones siniestros, las figuras monstruosas, las sombras alargadas. Tuve pesadillas. ¿Cómo podía ser que el autor de ese libro hubiera escrito una aventura tan luminosa como *La isla del tesoro*?

—¡Vaya regalo! ¡Pareces un portero de regional! ¡Ya te has tragado el tercero. ¡¿Así se sale a atrapar el balón?! ¡Eres un manazas! ¡Hasta yo lo hacía mejor que tú!! —increpo a Casillas, saltando de la butaca.

Yo jugaba de portero, en el patio, porque mis compañeros de clase decían que tenía las piernas largas.

Un día paré un penalti, pero me rompí la muñeca al lanzarme. No jugué más al fútbol.

Tienes que aprender a caer, me dijo el padre Larrea, mientras me llevaba a la enfermería. Ahora lo sé: a lo que hay que aprender es a levantarse.

Faltan veinticinco minutos para que acabe el partido; nos ganan por tres a uno. Abro de nuevo el frigorífico; la ira me ha dejado la boca seca: no hay cervezas. Veinticinco menos tres, veintidós; veintidós menos tres, diecinueve; diecinueve... No se escucha nada en la calle; al contrario que en mi cabeza: mis pensamientos son como abejas que me pican, me inoculan su veneno y, después, se mueren.

El comentarista de la transmisión, habla de la cara de desolación del «cancerbero español».

—¿Cancerbero? ¡Tú estás loco!— me encaro con el periodista deportivo. —El cancerbero guardaba la puerta del Hades, para que no entraran los vivos, ¡a ver si te enteras! Y a este ya se le han colado tres. Di mejor que los holandeses han encontrado el camino al inframundo como lo hizo Heracles.

Es allí donde debía vivir el doctor Mirabel, en un angustioso inframundo. Recuerdo que eso fue lo que pensé cuando leí la historia del doctor Jeekyll. Mi padre me pidió que lo hiciera; fue después de que él regresara del funeral del doctor Mirabel. Un frase del libro se me había quedado grabada. Pertenecía a la carta que el doctor Jekyll, poseído por Mister Hyde, dirigía a su amigo, el doctor Lanyon; suplicaba su ayuda: *«vivo hundido en una pesadumbre que ni la imaginación más descabellada podría concebir»*.

—¡Joder, el cuarto! ¡Te ha dejado sentado, Casillas! —El que no aguanta estar sentado soy yo. Solo faltan dieciocho minutos para el final. Deambulo por el salón, me asomo a la ventana. Algunos grupos de chicos y chicas con las caras pintadas de rojo y amarillo, y banderas españolas como capas, van abandonando los bares de la plaza cercana, en los que han colocado pantallas.

Esperé a que hubiéramos terminado de cenar, para que mi padre me desvelara si alguien había ayudado al ginecólogo. Adoptó un aire de gravedad.

Voy a contarte lo que, al salir de Misa, me confesó mi amigo Mirabel la mañana del domingo en que fue visto entrando en el cuartelillo, comenzó mi padre. Fue el sargento de los guardias municipales, a cuyos tres hijos el doctor había allanado el alumbramiento, quien le ayudó. Después de una visita por el cuarto que estaba próximo a llegar, el médico le rogó que se quedara un momento en la consulta, dijo mi padre.

El médico le pidió que le prometiera que lo que iba a solicitarle quedaría entre ellos. Y le demandó entonces que lo encerrara en el calabozo cada domingo en que el equipo jugara en nuestro campo, dijo mi padre.

¿Y para que quería eso?, le pregunté.

Esa fue la pregunta que le hizo el sargento. El médico quería que antes de que comenzara el partido, le enviara dos guardias a su casa para así evitar la tentación de ir al estadio, y que lo escoltaran hasta el calabozo, dijo mi padre.

¿Qué contestó el policía?, inquirí.

El sargento le dijo que el calabozo no era el lugar para un buen hombre como él, y que ya se las arreglaría

para poner de servicio a un guardia que supiera jugar al ajedrez, dijo mi padre.

Eso es lo que hacía el ginecólogo de tu madre en el cuartel de la policía municipal: jugar al ajedrez con un guindilla, dijo mi padre.

—¡El quinto, joder. El quinto! —Solo tengo fuerzas para decir eso. En mi edificio parece que no viva nadie. Comienza a pasar algún coche por la calle ¡Cinco goles! —Por mi mente atraviesa el deseo de incumplir el quinto mandamiento con el portero, pero solo tengo a mano el cuarto.

—¡Eres un grandísimo hijo...! —Se me ahoga el grito. Intento saltar del sillón dirigiendo mi dedo acusador hacia la pantalla del televisor, y es en ese momento cuando, entre la imagen de Casillas y yo, emerge la figura vaporosa del doctor Mirabel. El ginecólogo me mira a través de sus gafas doradas; sonrío. Extiende sus manos delicadas, femeninas, las coloca en mi cabeza, y tira de mí. El hombrecillo crece a la vez que yo voy haciéndome más pequeño: soy un bebé, pero tengo las piernas largas como cuando jugaba al fútbol de portero; y así va sacándome del hueco del sillón poco a poco, hasta que me coloca de pie, y se desvanece.

—¡Papi! —Mi hija entra corriendo y me abraza las piernas.

—¿Quién ha ganado, papá? —quiere saber mi hijo.

—¿Qué os parece si el próximo día que juegue España, pasamos la tarde jugando al parchís? —Mi mirada se queda suspendida en las pupilas brillantes de mi mujer—: Los cuatro.